



Carmen Laforet

TALLER DE LECTURA

RED DE BIBLIOTECAS DEL CONCELLO DE OLEIROS

«Unos seres nacen para vivir, otros para trabajar, otros para mirar la vida. Yo tenía un pequeño y ruin papel de espectadora. Imposible salirme de él.»

«Me marchaba ahora sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor. De la casa de la calle de Aribau no me llevaba nada. Al menos, así lo creía yo.»

¡Hola, lector! ¡Hola, lectora!:

Leemos juntos **Nada**, de la escritora catalana Carmen Laforet, dentro del monográfico Clásicos atemporales.

Nada es una novela de llegada, donde el personaje central se presenta en un mundo que no es el suyo y cuyo conocimiento le va defraudando progresivamente, porque no es como lo esperaba. **Nada** resplandece más allá del ámbito que acompañó su aparición: la España de la inmediata posguerra, y deja revelar poco a poco poderes ocultos: la incurable herida de vivir en un mundo que la protagonista no comprende.

Carmen Laforet

Una vida

Carmen Laforet Díaz (Barcelona, 6 de septiembre de 1921 - Madrid, 28 de febrero de 2004). Escritora española.

Nace en la casa de sus abuelos paternos. Su abuelo era pintor y profesor de dibujo, y ese ambiente había de marcarla para siempre, aunque a los dos años su familia se traslada a Las Palmas de Gran Canaria, donde su padre sentó plaza de arquitecto y donde transcurre su primera juventud.

En 1939, recién cumplidos los dieciocho años y recién terminada la guerra civil, regresa a Barcelona para estudiar la carrera de Filosofía y Letras, que no llegará a terminar. Su carrera literaria comienza cuando decide trasladarse a Madrid, con veintiún años. En Madrid se matricula en Derecho -otra carrera que no termina- y se centra en sus intereses literarios. En 1944, presenta su novela *Nada* a la primera convocatoria del Premio Nadal. Gana el premio y la obra, que abría nuevas perspectivas en todos los sentidos, obtiene un éxito

fulgurante. Hoy es uno de los grandes clásicos de la narrativa española y universal.

Tras aquel momento momento clave, en 1946 contrae matrimonio con Manuel Cerezales González, prestigioso crítico literario y periodista. Tendrán cinco hijos -tres hijas y dos hijos- entre 1946 y 1957, periodo que puede considerarse el más fecundo de toda su trayectoria, con la producción de una serie de cuentos, siete novelas cortas y multitud de artículos periodísticos, además de dos novelas destacadas: *La isla y los demonios* (1952) y *La mujer nueva* (1955), ganadora del Premio Menorca de Novela y Premio Nacional de Literatura . Por último, en 1963 publica *La insolación* (1963), la primera obra de una trilogía incompleta, *Tres pasos fuera del tiempo*, cuyo segundo volumen, *Al volver la esquina*, sería publicada ya póstumamente, en 2004 (la autora no la considera terminada a su entera satisfacción, pero es un documento de gran valor para entender su proyecto literario en conjunto).

Aunque nunca quiso dejar de escribir, a partir de los años 70 experimentó serias dificultades y se acentuó su natural aversión a la vida pública. Este aislamiento y búsqueda de intimidad que marca sus últimos años como escritora se perciben en la obra *Puedo contar contigo*, una recopilación de 76 cartas cruzadas de Carmen Laforet con Ramón J. Sender, realizada por su hija Cristina Cerezales en 2003. Padecía una dolencia neuronal no identificable con los medios de la época, de muy paulatina evolución, que afectaba a la capacidad del habla y de la escritura y que de hecho acabo imposibilitándoselas por completo.

Falleció el 28 de febrero de 2004 en Majadahonda, Madrid.

Nada

Pocos años después de haberse terminado la terrible guerra civil, a medianoche de un día de octubre, Andrea llega en tren a Barcelona para estudiar Letras en la Universidad. Atraviesa maravillada las anchas calles vacías de la ciudad en un viejo coche de caballos hasta llegar a la casa de la calle de Aribau donde viven sus parientes. La expectación que siente en esos momentos mágicos iniciales se va a borrar de golpe al abrirse la puerta del piso, y a partir de ese momento todo le va a parecer una pesadilla. Se van a suceder para la joven los

días sin importancia en la atmósfera asfixiante de ese espacio familiar. El dolor de la soledad de Andrea va unido a su figura, sombra apenas reflejada en algún espejo; y al acabar el año barcelonés de su vida, ella cree que no se ha llevado nada. ¡Cuánto pesa, sin embargo, el equipaje vivido!

Azorín dijo —en julio de 1945— que Nada era «una novela original», «una novela bellísima», «con observación minuciosa y fiel», «con entresijos psicológicos que nos hacen pensar y sentir». Y Juan Ramón Jiménez le escribía a Carmen Laforet en marzo de 1946 para agradecerle «la belleza tan humana de su libro».

Hoy, muchos años después, Nada sigue siendo para sus lectores una novela original, bellísima, que hace pensar y sentir: es ya un texto clásico.

A sus veintitrés años, Carmen Laforet no representaba a los escritores combatientes, como Cela o Torrente Ballester sino a los jóvenes que vieron saboteada su adolescencia y menguadas sus opciones de futuro. Además se trataba de una voz femenina muy distinta a la de Carmen de Icaza, Concha Espina o, ya entonces, Corín Tellado, y desde luego opuesta al arquetipo femenino diseñado por Pilar Primo de Rivera y difundido desde la Sección Femenina, que divulgaba la minoría intelectual de la mujer frente al varón, al que Dios había reservado «el talento creador».

Las novelas para el consumo femenino de la época, herederas de la literatura blanca de la anteguerra presentaban un patrón argumental muy simple: una muchacha inocente, cándida, temerosa de Dios y romántica, conocía a un caballero enigmático con el que, una vez despejado el misterio que lo envolvía, contraía matrimonio. Nuestra autora, con su juventud y con el desmantelamiento que ejecutaba de los tópicos del folletín femenino, revolvió las aguas mansas de la literatura de los primeros años cuarenta.

Nada cuenta la historia de las personas que rodean a Andrea, la protagonista, entre octubre de 1939 y septiembre de 1940, durante su único año académico en Barcelona. La narradora, con los ojos muy abiertos ante lo que la rodea, transmite una rara autenticidad, una fuerza de verdad, capaz de hacer olvidar las deficiencias, por inmadurez, de construcción y estilo de la novela.

Andrea se adentra en una ciudad «liberada» pocos meses antes con el afán de un nuevo renacer, con el deseo de que el amanecer le traiga una vida nueva. Lo

que le aguarda es una pesadilla en el piso familiar de la calle Aribau, que es imagen a escala de la España degradada y rota por la guerra. Sus tíos, Juan y Román, corrompidos y enfrentados por su odio cainita, están rodeados de varias «mujeres fantasmales» que forman una especie de aquelarre tenebroso. Del escenario gótico que Andrea se encuentra —y que describe Carmen Laforet con ecos del Goya de los *Caprichos*, los cuentos de Poe y la mansión de **Cumbres borrascosas** en la película de William Wyler, estrenada en 1942— solo podrá escapar a través del grupo de los amigos de la universidad. La Universidad y, en concreto, su amiga Ena representan el futuro, la posibilidad de un renacimiento, de un cambio de vida. El universo de la novela exhibe así una articulación binaria, simple pero eficacísima, como en los relatos folclóricos: un mundo coactivo y pernicioso frente al mundo vivificante en el que apremia la libertad.

El título de la novela procedía de un poema de Juan Ramón Jiménez que, según indican Jordi Gracia y Domingo Cárdenas, se citó mal en casi todas las ediciones. Bajo la contundente negación del título quedaba aplastado el triunfalismo totalitario de la posguerra, aunque en la trama solo aludiera a la frustración de todas las ilusiones de Andrea: «De la casa de la calle de Aribau no me llevaba nada.», dirá al final de la novela.

Desde el mismo momento de su aparición, en **Nada** se elogió el estilo sobrio y sencillo de su prosa, asociándolo a la juventud de su autora. Esta sencillez estilística, en su expresiva adjetivación, parecía una réplica al encrespamiento barroco y la brocha gorda de los narradores del Régimen.

Su pintura de ambientes con pinceladas expresionistas lograba crear el clima preciso para sugerir la percepción emotiva de Andrea. Por otra parte, el relato de episodios sueltos hilvanados solo por la voz de la narradora conferían al texto una plasticidad y una ligereza refrescantes.

En toda la novela prevalece un tono intimista que permite, no obstante, testimoniar las profundas heridas que la guerra había producido en la sociedad (el episodio del descenso a los infiernos del Barrio Chino funciona como metonimia de la degradación general), en las familias (la de Andrea, podrida de rencores) y en los individuos (el fracasado y brutal Juan o el hiperestésico Román). Sin ser consciente de ello, guiada por su aguda perceptividad, Laforet reflejó el pesimismo existencial al que la posguerra empujó a muchos escritores.

Nada desató una catarata de alabanzas, algunas procedentes de maestros de

la preguerra como Juan Ramón Jiménez, Azorín o Ramón J. Sender —este en carta de 1947 que no obtuvo respuesta hasta veinte años después— pero no faltaron comentarios adversos como el de Jorge Semprún que en la revista del Partido Comunista publicó un artículo con el expresivo título: «Nada, la literatura nihilista del capitalismo decadente» o la de Carmen Conde.

Tras la espectacular irrupción de este título sobrevino un insospechado silencio de seis años, del que saldría en 1951, primero en las páginas de Destino, y en 1952 con la novela **La isla y los demonios**, que, con un prosa menos titubeante y una técnica compositiva más firme, parecía querer volver a contar la historia de Andres, trasplantándola al paisaje idílico de Canarias y modificando los rencores en que se cuece la familia de la protagonista.

No acompañó la suerte a esta novela y la autora inició una etapa de fervor religioso —favorecido por la amistad de la famosa tenista e ideóloga feminista desde el catolicismo, Lili Álvarez—; de esta etapa saldría la novela **La mujer nueva** (1955), galardonada con el premio Menorca y el Nacional de Literatura al año siguiente.

Tras otro largo paréntesis comienza un proyecto novelístico de más envergadura: la trilogía **Tres pasos fuera del tiempo**, de la que solo publicó **La insolación** en 1963. El segundo volumen, **Al volver la esquina**, reescrito en 1973, no vio la luz hasta 2004, poco después de su fallecimiento. Del cierre del ciclo, **Jaque mate**, solo dejó el título y algunas notas.

Se han publicado muchísimos estudios y artículos sobre la autora aprovechando el centenario de su nacimiento. Esto es solo una selección:

[«Un misterio llamado Carmen Laforet» de Anna Caballé \(El País, 03/04/2021\)](#)

[«Al rescate de las pioneras olvidadas» de Tommaso Koch \(El País, 9/12/2019\)](#)

[«Laforet» de Ángel S. Harguindevy \(El País, 1/05/2016\)](#)

[«Una autora enigmática» de Inmaculada de la Fuente \(El País, Babelia, 31/07/2004\)](#)

[«Dos muchachas» de Mario Vargas Llosa \(El País, 28/11/2004\)](#)

[«Carmen Laforet, Nada es demasiado» de Teresa Amiguet \(La Vanguardia, 6/01/2020\)](#)

Un poco más:

De la novela se realizó en 1947 una excelente adaptación cinematográfica llevada a cabo por el siempre brillante Edgar Neville y protagonizada por Conchita Montes en el papel de Andrea.

El programa de RTVE Página 2 dedicó uno de sus programas a hacer el recorrido literario de *Nada*.

No olvides consultar en nuestras bibliotecas la obra
disponible de esta autora inolvidable.